

Corazón

Un refugiado español, amigo a quien estimo mucho, me dice:

--La situación de Rusia es mala.

--¿Cree usted que sea tan mala como para pensar que todo está perdido?

--No se qué decirle a usted. En España, en los peores días de la guerra civil, cuando reflexionaba fríamente, me decía: los republicanos van a perder, sin duda van a perder. Examinaba la situación desde un punto de vista y desde otro, pesaba las posibilidades y las fuerzas de un bando y de otro y la conclusión era de que perderíamos. No había, razonable y lógicamente, ningún motivo que me diera base para afirmar o para, por lo menos, pensar que ganaríamos. Esto, como le he dicho, lo pensaba fríamente, abandonando por un instante mi entusiasmo y mi fe en la causa que defendía. Un instante después, sin embargo, el corazón se hacía presente y mi reacción era tremenda. ¿Cómo era posible que perdiéramos? ¡Eres un derrotista! -- me gritaba a mí mismo --. ¡Hala! ¡A pelear, so maleta! ... Y peleábamos, más que con armas, con el corazón. Y perdimos. ¿No conoce usted aquellos versos de la canción del ejército del Ebro, que dicen: "Mas de nada sirven bombas donde sobra corazón"? Era mucho el corazón que sobraba. Sin embargo, perdimos. Y pensándolo fríamente, tal como lo pensaba en aquellos instantes, ¿no estará pasando lo mismo ahora, no irá a pasar lo mismo? El pensamiento, el maldito pensamiento, me dice que sí. El corazón, el bendito corazón, me dice que no. Ya ve usted lo que pasó en Sebastopol: durante veinticinco días los rusos pelearon como leones, decididos a morir antes que entregar la plaza. Eso se llama tener corazón. Hubieron de entregarla, sin embargo; los enemigos pelearon también como leones y, como los rusos, con un corazón tremendo. ¿Por qué el corazón de los últimos pudo más que el de los primeros. ¿Qué les falta a nuestros corazones? No lo se. Algo nos falta,

sin duda, algo que puede no ser corazón, ya que está demostrado que se le tiene, y grande, pero algo que es indispensable tener. ¿Más fe? ¿Más fanatismo? ¿Está dirigida la guerra, por parte de la democracia, por gente floja, oportunista, a la cual le da lo mismo ganar que perder o que prefieren no ganar ni perder porque, en cualquiera de los dos casos, sería peor para ellos? ¡Vaya usted a saberlo! Pero algo anda mal.

--¿No será usted el que anda mal, es decir que tenga en este momento la presión baja o algún disturbio biliar que lo pone pesimista?

--¡Ojalá fuera así! Daría mi hígado porque la brecha que los nazis han abierto en el frente ruso no fuera tan ancha y mis venas porque Alejandría y El Cairo no cayesen en manos de los bárbaros de Rommel. Lo mismo, sin embargo, decía en España, y ya ve usted...

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©